

Maquiavelo: Poder, Gobierno y Estado

Pablo Zúñiga San Martín*

Resumen

El presente artículo busca exponer la noción de poder, gobierno y el Estado en la teoría política expuesta por Nicolás Maquiavelo. Dichos elementos poseen marcos referenciales proporcionados por diversos autores: Aristóteles, Polibio, Dante, entre otros, y evidentemente la realidad histórica que vive el autor evoca un antes y un después en la teoría política de Occidente.

Maquiavelo expone la noción de poder y su ejercicio como una actividad autónoma que no posee límites concretos, salvo los impuestos por el gobernante; el gobierno por lo tanto ya no es visto como una forma buena o mala, que se sitúe en la perspectiva del bien común, sino que es analizado desde la perspectiva de los resultados y son estos los que finalmente aportarán los principios para medir la coherencia existente entre los propósitos del gobernante y la administración de su gobierno. Finalmente el Estado es visto como una meta, que el secretario florentino no logra hacer tangible en su patria, pero él analiza y otorga las claves necesarias para desentrañar los procesos por los que se ha de llegar a esa formación política.

El contexto de su obra

Maquiavelo nace en la ciudad de Florencia en 1469 y muere en la misma ciudad en 1527; los años que le toca vivir y documentar no son años tranquilos, por el contrario, son difíciles y azarosos. En estos tiempos los cambios en las ciudades suelen producirse no por la expresión de la voluntad de los ciudadanos, sino por la decisión de los señores feudales, reyes, emperadores o incluso el Papa.

Lo notable de este autor, es que todas las elucubraciones en torno al poder, el gobierno y el Estado, están expuestas desde la perspectiva del conocimiento práctico del oficio, siguiendo un método de carácter histórico-comparativo, que es aplicado desde el interior del gobierno, por cuanto es un hombre que no está en el cargo por mandato y respeto a un linaje determinado, sino que está por demostrar su capacidad técnica para ello.

* Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica, Licenciado en Educación, Universidad Austral de Chile, Magister(c) Ciencia Política, Universidad de Chile, Docente de la Escuela de Ciencia Política, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Maquiavelo pretende –y lo logra– situar a la política como una actividad distinta, con códigos que sólo algunos son capaces de dilucidar y proyectar; he ahí su autonomía. Esta actividad no posee en la sociedad ningún límite, salvo los que ella misma se autoimponga, es por esto que en ella no operan como elementos centrales los conceptos de moral o ética, es más, el mal es un producto no deseado de la misma actividad, por ello es que el príncipe en esencia no es bueno ni malo, sino justo, y esto último está orientado por el deber que el príncipe tiene para con su pueblo: fundamentalmente debe: mantener el orden interno, la paz externa y conservar las fronteras de su territorio o acrecentarlas.

Así mismo, este autor observa que en la sociedad los conflictos subyacen a esta misma y que su resolución formal pasa por mantener el orden y una indiscutible capacidad de mando, ya que la fuente de estos conflictos se encuentra en el individuo, que siendo racional, opera con un individualismo inherente a la especie. Esto es lo que convierte a este autor en uno de los precursores del pensamiento político moderno. Con su libro el Príncipe (1513) logra separar la moral de la política², transformándola en una disciplina de carácter eminentemente práctico, por lo tanto quien ha de gobernar debe contar con una sensibilidad tal que le permita ejercer el poder desde diversos espacios; para ello el gobernante debe, imperiosamente: conocer, estudiar y analizar a sus gobernados y a partir de ello tomar decisiones acordes a las circunstancias; esto lo insinúa desde el comienzo de su breve libro: “No quiero que se me mire como presunción el que un hombre de humilde cuna se atreva a examinar y criticar el gobierno de los príncipes. Porque así como aquellos que dibujan un paisaje se colocan en el llano para apreciar mejor el monte y los lugares altos, y para apreciar mejor el llano escalan los montes, así para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe y para conocer la de los príncipes hay que pertenecer al pueblo”. En este párrafo no sólo se apela al conocimiento empírico que debe tenerse en cuenta antes de tomar cualquier decisión política, sino que el príncipe debe ceñirse a un método. Además, quien hace el dibujo es también un hombre, es por ello que este debe ser puesto en ambos contextos. A través de la obra, Maquiavelo muestra una dimensión antropológica en tanto el Príncipe es también un hombre y como tal está gobernado por los mismos miedos y aspira a que la fortuna le acompañe al igual que el más humilde de sus súbditos. Toda la lectura de este libro es una vertiente de doble entrada, en donde es el poder y la circunstancia son quienes orientan a los hombres en sus decisiones.

Los ejes del cambio en la teoría política de Maquiavelo

No obstante debemos centrarnos en los ejes de cambio que este autor provoca en cada uno de los elementos enunciados, elementos que marcan un antes y un después en el desarrollo de la teoría política de Occidente. Pero, ello lo hace, no sin

² En El Príncipe, Maquiavelo nunca menciona directamente la política propiamente tal, sino que “alude a ella en forma figurada simbólica o metafórica usando imágenes sustitutas como: “mapa”, “paisaje”, “aldea”, “pueblos”, “ciudades” y otras similares. El “dibujante”, “el pintor”, o “proyectista”, que mencionan las diversas ediciones alude al observador, al analista, al sujeto cognoscente que describe, analiza o enjuicia la actividad política, es decir, al propio Maquiavelo (Miranda y Oro, 2001: 18).

antes considerar lo que otros autores hicieron, en especial los griegos y romanos; estudiar la política no desde una perspectiva meramente especulativa, sino que desde la perspectiva más realista, es decir, lo que él al igual que otros habían observado como formaciones políticas reales y no producto de la imaginación. En esto son Aristóteles, Polibio, Dante (entre otros) quienes le inspiran, ellos son las principales fuentes de las cuales bebe; el primero plantea su análisis político a partir del estudio riguroso de 158 constituciones, y en particular la ateniense, las formas de gobernarse que tenían las polis de su época y las épocas anteriores; el segundo es quien escribe un detallado análisis de la constitución romana, encontrando en ella el éxito de Roma, pues es esta la que hace que los demás pueblos caigan bajo su real dominio. Y Dante (también florentino), que es el vínculo existente entre la teoría política de la Edad Media y el Renacimiento, con su libro *La monarquía*, que “no representa una construcción utópica sino que se refiere a realidad política presente en sus formas más patentes en la época de Dante y permanentes en las tendencias y los impulsos históricos europeos: la realidad del imperio” (Uscatescu, 1969:82). Este último también aspira a la unidad italiana, al imperio romano y a toda su unidad espiritual e introduce una noción de gobierno particular: “la idea de gobierno implica el concepto de servicio. Por eso el monarca, que parece el señor de todos los hombres, es, en realidad, el *siervo de todos*, porque sólo así se realiza la libertad” (Uscatescu, 1969:77).

Maquiavelo siempre mantuvo distancia de quienes planteaban soluciones a partir de especulaciones que no hubiesen tenido ningún sustento real, y lo señala: “pero siendo cosa útil me ha parecido más conveniente ir tras la verdad de la cosa que tras sus apariencias, porque muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos, por que hay tanta diferencia entre vivir como se vive y como se debería vivir, que aquel que deja lo que se hace por lo que debería hacerse marcha a su ruina en vez de beneficiarse, pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son” (El príncipe, Cap. XV).

En el capítulo señalado, no sólo queda de manifiesto el sentido empírico del análisis político de Maquiavelo, sino que a lo largo de su obra se vislumbra una concepción de hombre, que dista de ser sólo maligna, sólo perversa o sólo inmoral. Maquiavelo describe una concepción real, que opera psicológicamente cada vez que se pone al hombre en una situación de incertidumbre, de ventaja, de conservar lo que posee o de abierta lucha competitiva con otros hombres. Es lo que pone a los hombres bajo el peso de su circunstancia lo que determinará sus actos.

En su época un desarrollo pocas veces visto en la historia de las ciencias, la razón como elemento fundamental para el dominio de la naturaleza y la capacidad creadora del hombre, Maquiavelo se manifiesta contrario a creer que los hombres han cambiado, “pues las pasiones nublan la razón”, por ello deben ser estudiadas permanentemente. “El fundador clásico de la política –basándose, ciertamente, en modelos antiguos– interpreta al hombre como un mecanismo de instintos que se puede manejar por el temor del castigo y la esperanza de recompensa, y advierte al político práctico del peligro de idealizar al hombre. Hay que pensar a lo

realista si se quiere mandar. El conocimiento del hombre en la política equivale al conocimiento de la aplicabilidad útil de los individuos. Los hombres sólo son figuras de ajedrez o fichas de cálculo. Federico el Grande –discípulo de Maquiavelo– Tenía la misma opinión despectiva de los hombres *tal como son*” (Eduard Esprangler en Uscatescu op. cit.: 41).

Este autor puede ser considerado un referente para el desarrollo de absolutismo europeo, pero solo para quienes buscan fundamentos con ese objetivo; para ello es vital centrar todas las energías en justificar una autoridad fuerte y reconocida como tal, que bajo cualquier disputa sea capaz de doblegar cualquier otra fuerza que pretenda irrumpir en cualquier escenario determinado. Para lo anterior son esenciales las buenas armas, que son capaces de enfrentar cualquier facción interna y proteger al Estado de cualquier amenaza externa.

Pero, es también un referente para la creación y conservación de una república nueva; sin forzar los conceptos, él busca la legitimidad del poder por medio de la mayoría, que es territorialmente inconexa en los tiempos del secretario florentino (no olvidemos que admira la república romana, que es un régimen en el cual están representadas todas las clases sociales y todas las formas de gobierno); naturalmente la creación de esta mayoría posee dos fases, la primera que es de carácter *inmoral*, ya que no existe una moral colectiva, unificada –esa hay que crearla–. La creación de la moral colectiva es por medios violentos: la guerra, siendo la guerra interna la que ha de situar a los vencedores como los capaces de crear una *moral* que sea obedecida por todos. Esta moral posee la forma de un estatuto de derechos en donde el príncipe queda sujeto a las normas que han emanado de esa segunda fase, siglos después quedará ratificado por otro estudioso de la política, “Weber muestra cómo ese proceso de unificación de la dominación ocurre históricamente. Primero un grupo toma el poder y desarma a los rivales. Después legitima su poder, y son las diversas formas de legitimación las que determinan históricamente el carácter de cada una de ellas” (Singer, 2003: 359).

España y la unión matrimonial de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón; Inglaterra, luego de la guerra de las Dos Rosas con Enrique VII, inician un proceso de creciente absolutismo, y finalmente Francia, que logra expulsar a los ingleses de su territorio, mediante la agrupación de toda su fuerza militar en las manos del rey y además obliga a pagar impuestos para el financiamiento del ejército, que es de carácter nacional y nacionalista. Todas estas monarquías tienen en común la unificación de la población, delimitación de los espacios geográficos, centralización del poder para la transformación a una monarquía absoluta y con ello, el germen del Estado moderno, que es la máxima institución encargada de la resolución formal de los conflictos.

Difícilmente Maquiavelo pudo reflexionar a partir de otra realidad que no hubiese sido Florencia, ciudad que presencia y encarna desde lo más profundo el renacimiento, momento histórico particular que provoca una sensible influencia en el proceso de secularización y profundiza un creciente antropocentrismo, de modo tal que la interpretación del ejercicio real del poder, las explicaciones referentes a

su funcionamiento o de su naturaleza dejarían de buscarse sólo a partir de nociones de carácter divino.

Todo el panorama anterior a Maquiavelo se le presenta preclaro, lúcido. Pero inexorablemente lejos de suceder en Italia.

Maquiavelo y el Poder

Maquiavelo observa una autonomía en la administración del poder autonomía que hoy es sostenida, fundamentalmente por delegación democrática. Él la observa por derecho hereditario o bien por la formación de gobiernos con parlamentos, como es el caso inglés; en cualquiera de los dos casos hay un punto común, independencia absoluta en las decisiones de Estado. Para ello incluso se desvincula a la Iglesia, no se puede servir a dos reyes, y en esto Maquiavelo es tajante: culpa a la Iglesia como una de las responsables de la no unificación italiana; es enfático en la secularización del poder, se “declara abierto adversario de la Santa Sede” –aunque lo suficientemente realista para reconocer su afianzamiento con Julio II–. Pero va más lejos. No contento con laicizar el Estado, querría subordinarle por completo la religión, a la que concibe como instrumento de poder y elemento de cohesión social” (Touchard, 2000: 205). Evidentemente lo anterior ha de provocar la prohibición de toda su obra por parte de la iglesia y el repudio de las aristocracias más tradicionales, y, siguiendo la línea maquiavélica de la argumentación, el repudio de cualquier *Príncipe* que ha de necesitar a la Santa Sede para algún fin.

Maquiavelo observa y hace notar, que la estabilidad de cualquier gobierno se encuentra en la “multitud”, pero una multitud unida y aferrada a una matriz de carácter nacional. Esto se explica fundamentalmente al analizar la transición que se produce del feudalismo al desarrollo de la comuna; que precisa ser insertada en términos de gobierno a un ente mayor, el Estado.

El tránsito que se ha de producir de súbdito a ciudadano, precisa un sistema de derechos y no un sistema de privilegios. Maquiavelo plantea al igual que Aristóteles –no forzando el análisis–, que la estabilidad estaba en los sectores medios y para la existencia de esto necesariamente se precisaba de reformas, de carácter tributario, de milicia, que ya no podía ser de carácter mercenario³. Por ello es imperativo hacerse “amigo” del pueblo, básicamente sin ofensas, menos en las de la propiedad; he ahí un rasgo antropológicamente fundamental, el gobernante es un hombre, el súbdito también lo es, por lo tanto el hombre que es ofendido, lo es independiente del rango; “existen los súbditos, criaturas aisladas, casi fragmentos de un vasto cuerpo que ya no existe, contrapuestos al soberano, pero de hombre a hombre; de ahí la necesidad de el Príncipe de halagarlos, de no ofenderles en el honor ni en los bienes y de

³ No obstante, con respecto a los soldados mercenarios, Maquiavelo desconoce su importancia para la formación de las nacientes naciones, puesto que el rey que necesitaba fuerzas “leales”, las necesitaba precisamente, para utilizarlas en contra de los señores feudales que se resistían a entregar sus cuotas de poder a un poder central, además relativiza las victorias obtenidas por ellos y desconoce que son precisamente ellos los que poseen la capacidad técnica en el uso y la enseñanza de las nuevas armas que se utilizan.

tenerlos como amigos” (Chabod, 67). La conservación del afecto de pueblo es “cosa fácil pues el pueblo sólo pide no ser oprimido” (El Príncipe, IX).

Lo anterior enuncia en alguna medida una permanente preocupación que no debe desconocer el Príncipe, el pueblo expresado en la mayoría, esa puede ser su única fuente de legitimidad, aun cuando se haya llegado por medios no lícitos al poder, si se gobierna conforme al mandato de la mayoría, entonces no sólo se logra la legitimidad, sino que además logra fortalecerse ante los poderosos, que al ver que se es apoyado por el pueblo no atentarán contra el Príncipe, ya que “el que llega al principado con la ayuda de los nobles se mantiene con más dificultad en el poder, que aquel que ha llegado mediante el apoyo del pueblo, porque los que lo rodean se consideran sus iguales y en tal caso se les hace difícil mandarlos y manejarlos como quisiera” y más adelante agrega “por último es una necesidad para el príncipe vivir con el mismo pueblo, pero no con los mismos nobles, supuesto que puede crear nuevos o deshacerse de los que tenía, y quitarles o concederles autoridad a capricho” (El Príncipe, IX).

La administración del poder posee como principal arma la astucia, para calibrar el momento y establecer una dinámica acorde a ello, no se debe pretender adaptar el fluir de los hechos a ideas inmóviles, sino que el gobernante debe procurar adaptarse al correr de los acontecimientos y para ello debe respetar los tiempos, pero nunca olvidar que los medios son infinitamente justificables, cuando los fines son conformes a lo que se ha desarrollado como la razón de Estado. La política propiamente tal, atenderá a resultados. Por esto un príncipe debe conservar su palabra sólo si existen las condiciones necesarias para no quebrantarla, por lo pronto, siempre deberá aparentar virtudes como: “la clemencia, la fe, la rectitud, y la religión misma, sobre todo esta última” que son tomadas como buenas por la mayoría. Esta es una idea central ya que de alguna manera nos sitúa en el imperio de la apariencia y de las formas; aun cuando la legitimidad es alcanzada por el apoyo de la mayoría, no se desconoce lo voluble de esta, “pues los hombres juzgan más con los ojos que con las manos porque todos pueden ver, pero pocos tocar” (El Príncipe, XVIII).

Pero no basta la astucia, sino que se debe tener el coraje para hacer cumplir los mandatos, “saber entrar en el mal”, para esto no escatima en ejemplos, particularmente llama la atención la comparación que realiza en el capítulo VI entre Moisés y Jerónimo Savonarola, el primero pudo triunfar por cuanto hizo cumplir la ley emanada de Dios, ejecutando a quienes no la obedecieron, pues con ello pretendieron dividir la tribu y pusieron en peligro la promesa de la tierra prometida; mientras el segundo no pudo triunfar por cuanto no tenía medios para hacerse obedecer, “de donde se explica que todos los profetas armados hayan triunfado, y fracasado todos lo que no tenían armas”; luego más adelante, podemos cerrar el argumento “hay dos maneras de combatir, una con las leyes, otra con la fuerza; la primera es distintiva del hombre; la segunda de la bestia. Pero como a menudo la primera no basta, es forzoso recurrir a la segunda” (El Príncipe Cap., XVIII).

La astucia se expresa también en el análisis correcto de la fortuna, que es externa a los hombres; podemos decir que se interpreta a partir de la sincronía existente entre el análisis, el estudio e interpretación de las oportunidades políticas existen-

tes y los fines que a partir de cada una de ellas se proyectan. De nada serviría la ejecución de quienes pecan en contra de la ley de Dios si no fuesen tomados como pecadores por la mayoría: ello implícitamente asegura dos cosas: estabilidad y permanencia temporal, la correcta aplicación de la violencia, en tanto se administra el monopolio legítimo del derecho y se hace uso del monopolio legítimo de la fuerza, o sea en lo que hoy sería un Estado, por ello Maquiavelo no apela a la aplicación de la violencia por la violencia, del poder por el poder, sino que estos poseen fines concretos.

Maquiavelo: acerca del gobierno y el Estado

Maquiavelo en el análisis del gobierno y su ejercicio, se desvincula de las formas buenas y malas, que es la forma clásica; él las lleva a un terreno mucho más preciso, despersonalizada de la moral –como ya se mencionó–, nuestro autor ha de ver el ejercicio del gobierno desde la perspectiva del éxito o del fracaso, no existe alusión a gobiernos ideales, sino que prima en él un realismo político puro. Así mismo, no distingue más al tirano del príncipe, siendo descrito el tirano como aquel que conquista el poder por medio de la violencia o el engaño, amparado en fines mezquinos, y el príncipe es quien llega al poder quizás de la misma forma, pero busca fines legítimos. La interpretación que hace Maquiavelo cambia, ya que plantea que puede haber tiranos buenos y malos, y la vara en que se mide el actuar del gobernante es éxito en la conservación del poder, y si al fin y al cabo mantuvo la estabilidad del gobierno (Bobbio, 1999:67). En este sentido el mismo Maquiavelo sostiene “creo que depende del buen o el mal uso que se hizo de la crueldad” He ahí el hecho de que los fines de un príncipe serán mantener el poder, y en esto el juicio moral que se haga de eso no será en torno a los medios que son utilizados para ello, sino sólo y solamente a los resultados: “llamaría bien empleadas las crueldades (si a lo malo se le puede llamar bueno) cuando se aplican de una sola vez por absoluta necesidad de asegurarse, y cuando se insiste en ellas, pero, por el contrario se trata de que las primeras se vuelvan todo lo beneficioso posible para los súbditos. Mal empleadas son las que, aunque poco graves al principio, con el tiempo antes crecen que se extinguen” (Bobbio, Op. Cit. pág. 71).

Maquiavelo ha de fundar un análisis político templado en su época, buscó desentrañar los intersticios del poder y las motivaciones humanas en su ejercicio, es un análisis conductual de características extrínsecas, puesto que el transcurrir de los hechos no se puede dominar, pero sí se pueden analizar los hechos, que como tales *son* y ante eso el gobernante no puede ser pétreo sino dúctil, y convertir los hechos adversos en parte de su propia fortuna. Esta última idea expresa: “de modo más preciso la fortuna es el campo del libre arbitrio humano. O sea, el ámbito donde se desarrollan los actos realizables por el ser humano, no de las utopías, ni tampoco de las fuerzas superiores, que escapan a la capacidad de la voluntad humana, sino de aquellos que el hombre efectivamente puede ejecutar por sus propias fuerzas” (Godoy, 1994: 392-393). De parte del Príncipe siempre valdrá más un hecho que una intención. Para el desarrollo de esto Maquiavelo recurre a la clásica noción de virtud (fuerza), que posee dos expresiones: la obvia que es la vitalidad física y la que va más allá de lo aparente, ya que todos los hombres poseen fortuna, y todos

desean para sí el dominio real y efectivo de esta, pero el príncipe debe establecer una estructura de dominio por sobre la fortuna individual de quienes gobierna, por ello su virtud está por sobre la del resto, pero esto no implica olvido o desconocimiento del equilibrio que debe existir entre la de él como gobernante y la de quienes le rodean, que es una virtud de carácter cívico, nacional y que busca permanencia en el tiempo.

Maquiavelo hace un aporte central en la construcción de libertad, que es plenamente coherente con el Renacimiento. En este momento histórico hablamos de individuos que descubren y se hacen autónomos (autos: uno mismo; nomos: Ley), es esta concepción la que transita en la república que aspira y busca construir el secretario florentino.

Como se ha planteado, la construcción de una institución nueva, un Estado, posee dos momentos: el inmoral y el moral, es en el segundo momento en que la libertad del individuo queda prendida a un estatuto de derechos, es decir a la sensible expresión de la libertad política, y allí debe comenzar la construcción de la virtud pública; “quien profundice en la obra de Maquiavelo podrá verificar que si bien la soberanía territorial armada es condición necesaria para la libertad externa no se sustenta sin libertad política *interna*, porque sólo ella lleva a los ciudadanos a actuar con *virtú*, o sea, a colocar los intereses públicos por encima de los intereses privados” (Singer, 2003: 359).

Conclusiones

En conclusión, que naturalmente nunca serán las últimas. El secretario florentino transita hacia los tiempos modernos elaborando una teoría política moderna despojada de todas las vestiduras supraterráneas, utópicas o arbitrarias, Maquiavelo se ajusta a una construcción ontológica que es proyectada a través del tiempo.

La significación de su obra parte con un análisis de su tiempo y desemboca en una teoría del Estado en donde cada uno de sus componentes posee límites específicos. En esta teoría subyace una noción de libertad y Paz amparada en el libre albedrío. Quizás la noción de paz sea discutible, pero debemos ser flexibles en el análisis. Maquiavelo invoca la guerra sólo cuando se cierne la incertidumbre en el territorio, por lo tanto todo lo demás es paz y orden. Por cuanto es imposible que exista el desarrollo de una virtud cívica si se es oprimido internamente, esto a la vez dificulta la defensa del territorio ante una amenaza externa.

Indudablemente no podemos hablar de paz y de orden en un ambiente de represión, por lo tanto se hace explícita la noción de libertad política expresada en un territorio determinado, cuya manifestación soberana sea amparada en la voluntad de la mayoría y el gobernante no se encuentre por sobre ella sino que en ella encuentre su fuente de legitimidad y por lo tanto debe procurar su conservación.

Finalmente Maquiavelo es un antecedente para el estudio, no para la defensa de la monarquía absoluta o para la defensa arbitraria de la tiranía, sino para la

estructuración de la noción republicana del gobierno, cuyo fundamento básico se encuentra en el individuo capaz de proyectar legitimidad al gobierno por medio del reconocimiento de su libertad y de su virtud cívica.

Bibliografía

Bobbio, Norberto “La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político”. Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

Miranda, Carlos; Oro, Luis, “Para leer El Príncipe de Maquiavelo”, Editorial RIL: Universidad Andrés Bello; Universidad Finis Terrae, 2001.

Chabod, Federico “Escritos sobre Maquiavelo”. Fondo de Cultura Económica, México 1994.

Pasquino, Gianfranco “Algunos aspectos sobre el pensamiento de Maquiavelo”. En fortuna y virtud sobre la república democrática: Ensayos sobre Maquiavelo”. Tomás Várnagy (compilador). CLACSO (Consejo Latinoamericano de las Ciencias Sociales), 2000, Buenos Aires Argentina.

Godoy, Oscar “Antología del pensamiento de Maquiavelo”. Revista de Estudios Públicos, N° 53, Verano 1994.

Singer, André “Maquiavelo y el liberalismo: la necesidad de la república” en “La filosofía política moderna”. Atilio Borón (compilador) CLACSO (Consejo Latinoamericano de la Ciencias Sociales), Buenos Aires, 2003.

Uscatescu, George “Maquiavelo y la pasión del poder”. Editorial Guadarrama, Colección Universitaria de bolsillo, N° 102. Madrid, 1969.

Touchard, Jean “Historia de las ideas políticas”. Editorial Tecnos, Madrid, 2000.